

# CATALUÑA

## REVISTA SEMANAL

### DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Fernando, 57, entlo., 2.<sup>a</sup>

De los artículos firmados son responsables sus autores

No se devuelven los originales

### — PRINCIPALES COLABORADORES —

D. Miguel S. Oliver. — D. Ramón Rucabado. — D. Bartolomé Amengual. — D. Carlos Jordá. — D. José M. Tallada. — D. F. Sans y Buigas. — D. J. M. López Picó. — D. F. de Sagarra. — D. Buenaventura Cunill. — D. Eladio Homs. — D. J. Martí y Sabat. — D. Eugenio d'Ors. — D. José Carner. — D. J. Sitjá y Pineda. — D. J. Farrán y Mayoral. — D. Manuel Reventós. — D. Emilio Vallés

### SUSCRIPCIÓN

España . . . . . 3 pesetas trimestre  
Europa . . . . . 3 francos  
Número suelto . . . . . 25 céntimos

### — PAGO ANTICIPADO —

Año V

Barcelona 17 de junio de 1911

Núm. 193

### SUMARIO

**La Filosofía del Hombre que Trabaja y que Juega**, por J. FARRÁN Y MAYORAL.

**Doce Glosas de Filosofía**, por XENIUS.—I. *Primer Viernes de Cuaresma*.—II. *Segundo Viernes de Cuaresma*.—III. *Tercer Viernes de Cuaresma*.—IV. *Cuarto Viernes de Cuaresma*.—V. *Quinto Viernes de Cuaresma*.—VI. *Sexto Viernes de Cuaresma*.—VII. *Viernes Santo*.—COMO SI ESTUVIERAMOS AÚN EN CUARESMA.—VIII. *Octavo Viernes de Filosofía*.—IX. *Noveno Viernes de Filosofía*.—X. *Décimo Viernes de Filosofía*.—XI. *Penúltimo Viernes de Filosofía*.—XII. *Último Viernes de Filosofía*.—Primera nota.—Segunda nota.—¡Adiós!, por XENIUS.

**Las Fiestas de Tarragona**.—Como introducción.—Las fiestas.—Una cabalgata histórico-artística.—Un cartel notable.—Lo que debieran ser las fiestas.—El símbolo, por BERNABÉ MARTÍ Y BOFARULL.

### Notas feministas.

**Una Semana social feminista en Bruselas**, por MARIA CONCEPCIÓN TORNER.

**La Cuestión de la Moral Pública en Cataluña.**

**La campaña contra el ciudadano Browning.** (De el *Diario del Comercio*).

**Inconsciencia**, por PORTOCARRERO — (De *Las Noticias*).

Por falta de espacio hemos debido suprimir las restantes secciones del número, que se publicarán en el próximo.

Para el próximo número

**Nuestra acción en Marruecos**  
Políticos, banqueros y marinos  
por Antonio Montaner

**La Mortalidad en Barcelona**  
y la Demografía  
Hablan los funcionarios

Informes de D. M. Escudé Bartolí  
y D. F. Sans y Buigas

## La Filosofía del Hombre que Trabaja y que Juega

Es imposible comentar cumplidamente, en un artículo escrito con premura de tiempo, la importancia y la significación que tienen los estudios y los descubrimientos científicos de Eugenio de Ors.

Este modestísimo artículo no resultará, por lo tanto, ni sombra de lo que debiera ser; estudio penetrante, documentado, madurado por larga gestación, y que a su vez, no sería sino esbozo del volumen que ya están reclamando la obra y la vida del ilustre Glosador.

La publicación de estas «Glosas de Filosofía» ha sido un gozoso acontecimiento, esperado con inquietud creciente desde hace años por los entusiastas seguidores de la obra cotidiana de su autor.

La aparición del *Glosario* entre nosotros fué el nacer de un foco de irradiante inquietud. Mostrábase ya en su autor el cumplimiento de aquella ley biológica de la resonancia que ejercen enderredor los organismos fuertes; á pesar de las incompreensiones, de las interpretaciones equivocadas ó maliciosas, comenzaba ya á sentirse que surgía una personalidad poderosa y bien armada, á la que era necesario amar, comprender y seguir ó de la que era preciso defenderse, pero ante lo cual, no se podía permanecer indiferente, ni escapar á su poder de resonancia.

El *Glosario* iba, con insistencia tranquila, trazándonos inquietudes nuevas, palpaciones del tiempo, ironías finas, sugerencias espiritualísimas, impulsos irresistibles de renovación; nuestra lengua se hacía en el *Glosario*, más fluida y más sutil, se desbastaba, se enriquecía con términos científicos y filosóficos, se mundializaba. Y á la vez ganaba pa-

labras nuevas, giros nuevos, de penetrante espiritualidad; muchas de sus palabras adquirían valores nuevos, reacuñados por el espíritu originalísimo de aquel inquietante *Xenius* que comenzaba ya á seguir la recomendación nietzscheana: «Antes dejar de pagar, que pagar con moneda que no lleve nuestra imagen.»

El interés despertado por la obra, el interés por el hombre, han corrido parejas desde entonces, porque hombre y obra eran una cosa misma: viviendo el filósofo, iba formándose su filosofía. Y mientras el *Glosario* marchaba, íbamos sabiendo de su autor, inquieto peregrino espiritual y de sus andanzas de hombre de ciencia, de artista, de periodista nobilísimo. Le veíamos asistir á una Conferencia, en que grandes problemas de política mundial habían de resolverse; mezclarse con muchedumbre de astrónomos frente á un eclipse de sol; irse á vivir á grandes capitales europeas: partir hacia Congresos Científicos y hacer sentir su voz entre los Doctores de la Ciencia; volver entre nosotros, é inquietarnos en inolvidables fiestas espirituales, con la relación de sus estudios, de sus descubrimientos. Mientras tanto, enderredor de aquel hombre extraordinario, iba reuniéndose una juventud ansiosa de renovación que comenzaba á nutrirse de aquel espíritu, á desarrollar á su calor las propias energías. Eran los *novocentistas*, entre los cuales figuran ya meritísimos poetas, artistas, hombres de ciencia... Aquella diversidad en la vida y en la obra, tan amada por el Glosador—quien expresó no hace mucho su regocijo al considerar él, amante y creador de Mitos, presidida su vida por la Diversidad «sirena del mundo»,

es decir, por una Sirena ¡por un Mito!— aquella diversidad ha desorientado á no pocos lectores del Glosario, distraídos ó incapaces de penetración, que no han sabido ver la construcción armoniosa de que cada glosa era una piedra indispensable. No; no han sido nunca las páginas del Glosario, hojas volanderas, comentario de la actualidad que pasa y sin íntimo enlace espiritual unas con otras. Ni como podría reducir á ellas parte de su cotidiana labor aquel puro amor de lo Eterno, aquel amigo de las Normas, predicador de Normas, creador de Normas y accionador en Normas. El Glosario está lleno de ellas; recordad: guías para la educación de la voluntad, para los nerviosos escrupulosos, para ser buen imperialista, para viajar, para ser *gentleman* perfecto; guías de disciplina moral, comprendidas en los comentarios á «La Vida devota», al «Memorial de Santa Helena». Imposible ahora recordar aquí las series de glosas en que se dictó á nuestra juventud, normas, disciplinas que han ido floreciendo en eficacia entre nosotros, con perfección cada vez más grande.

Y él, el maestro de Normas, ha sido el primero en sujetar á ellas su profunda originalidad, por amor al conocimiento, por ambición nobilísima y por buen gusto; por esto su filosofía germinó al calor de la grande hoguera nietzscheana, aprendió elegancia y claridad en el mundo helénico, se robusteció en la fuerza vital del Renacimiento, se estilizó en la clara y artística expresión científica de los filósofos franceses de los siglos XVII y XVIII y se normalizó en las disciplinas de la Psicología experimental y sobre todo, ya con triunfos de creador, en la floreciente Biología moderna y en la crítica científica de estos últimos años. Y así la obra suya, no por venir animada de grande originalidad deja de ser obra de continuación y ha podido así hacerse lugar su sistema filosófico entre los sistemas creados por los demás hombres, corregirlos, reformarlos y fecundizarlos. Esta integración de la propia individualidad en las corrientes científicas mundiales, ha sido animada siempre con ardentísima llama de amor á Cataluña, con el deseo vivísimo de traer á ella las inquietudes, los anhelos, los resultados más selectos de civilizaciones más perfectas. Este es un aspecto de la obra de Eugenio d'Ors, que merece larga consideración y detenido estudio; lo que le debe Cataluña, lo que Barcelona le debe en estos últimos años, es ya incalculable.

Las líneas principales de este sistema fuerte, claro y armonioso que es la Filosofía del Hombre que Trabaja y que Juega, están contenidas concisamente y prescin-

diendo en lo posible de tecnicismos para darles mayor fuerza de comprensión popular, en las «Glosas de Filosofía». En ellas, la profundidad, la seriedad fundamentales aparecen al través de un bellissimo estilo lleno de elegancia y, sobre todo, animado por aquel poder de alegría y de gracia tan propias de este Filósofo que Trabaja y que Juega.

Así como la moderna Biología considera, para estudiarlo, al ser vivo en la plenitud de sus funciones, esta filosofía examina todo valor humano «no sólo con la medida de lo que se llama la acción, sino con otra más determinada: con la medida del hombre completo, que Trabaja y que Juega. Juego y Trabajo, significan esfuerzo efectuado según un concepto personal de orden, sobre el mundo exterior que estaba desordenado, ó lo que es lo mismo, que estaba ordenado de manera que no satisfacía á nuestra interior libertad.» (1)

Así, pues, no es esta Filosofía, no puede ser de contemplación pura, de pura acción; puesto que ambas cosas son imposibles psicológicamente. Basta leer la profunda y graciosa crítica de la primera glosa, para comprender como la Filosofía debe contemplación inscrita en acción.

Para ejecutar la menor acción, tiene el hombre que armarse por lo menos de algunas imágenes siquiera confusas, de cosas eternas; estas imágenes son la representación de un momento *pensado*, de su vida ó de la vida de otro hombre, y este momento, porque es útil al Trabajo y al Juego, impone obediencia al momento presente y á todos los momentos futuros. Pero el Trabajo y el Juego, no puede ejecutarlos el hombre sin una lucha de su interior Libertad contra la Resistencia, la fatalidad exterior. Al surgir de este conflicto, de esta tragedia, ya no puede el hombre sentirse uno con la naturaleza, sino afirmar su diferencia esencial, su rivalidad para con ella. Esta lucha es la que, pensada, puede dar al hombre conciencia de su interior libertad. Todas las fuerzas de su cuerpo y de su espíritu, en el Trabajo y en el Juego, se empeñan en vencer las resistencias exteriores, que se oponen á su «deseo infinito.» Todo, fuera de él, le resiste: las cosas, los demás seres vivientes, los otros hombres; pero al realizar este impulso de lucha que surge de lo más íntimo de su ser, pronto se dá cuenta de que su cuerpo, sus músculos, sus miembros, también le resisten, tampoco responden siempre, en la acción, á su «deseo infinito.» Su cuerpo no es él, pues, sino también rival, también *naturaleza*; como lo son sus pasiones, las cuales esca-

pan á su dominio, y sus fuerzas mentales que también le resisten, hostiles á su «deseo infinito.» Su misma voluntad se le muestra enemiga, pues, no siempre el hombre «quiere» cuando «quiere querer.» Aquí, por el dolor de esta lucha, puede ya el hombre llegar á comprender todo cuanto le es hostil, todo cuanto no es él, la inmensidad de lo enemigo, de lo fatal, de lo natural, frente á... ¿a qué? que le queda *suyo* «¡Quedo yo!» comprende «mi íntima Libertad.» Así, ha logrado acercarse á «los estratos más inmediatos al fuego espiritual.» (1)

Pero menester será que ahora salga el hombre que Trabaja y que Juega de esta contemplación pura de suyo inferior, que le apartaría de la acción y que el mecanismo de esta, de adentro á fuera, se le muestre, reconstituído. Y entonces hallará que su cuerpo sus fuerzas intelectuales, sus sentimientos, una vez sometidos por la interior Libertad, llegan á ponerse, en los momentos de actividad, de acción, á su servicio; se establece unidad entre el albedrío y sus instrumentos psíquicos y orgánicos; pero esta unidad se establece también entre el albedrío y los instrumentos que el hombre emplea, *una vez sometidos*, entre el albedrío y aquellas partes de la naturaleza que ha ido *arbitrando* y finalmente, entre la Libertad y los esfuerzos de todos los hombres vivos y muertos, en colaboración social. Todas aquellas fatalidades sometidas ya, arbitradas, útiles al hombre, constituyen el mundo del Espíritu; la colaboración histórica de la humanidad forma el mundo de la Cultura. El Hombre que Trabaja y que Juega, no debe prescindir en su esfuerzo de ninguna de estas dos esferas; y entonces, se hallará frente á dos maneras de hombres que se diferencian de él profundamente; aquí la conciencia de los valores morales aparece, la certeza de una diferencia, y, evidentemente, de una jerarquía, (no debe olvidarse nunca que es esta una *filosofía de valores*). Los hombres *contrarios* al Hombre que Trabaja y que Juega, son, el Asceta que prescinde en su esfuerzo propio de la colaboración de los fenómenos naturales, y, lejos de intentar someterlos, para enriquecer el mundo del Espíritu, se aparta de ellos y los desprecia como vanas apariencias—y, el Romántico, que prescinde de lo realizado por la colaboración humana, apartándose del mundo de la Cultura.

La función esencial, pues, del hombre que trabaja y que juega, consiste en *arbitrar* las fuerzas naturales y las fuerzas históricas. Esto lo efectúa por medio de su Razón y la plenitud del Trabajo y del Juego, necesita de la *Razón integral*

(1) E. D'ORS.—*Religio est libertas*.—Saggio di un nuovo método nello studio dei rapporti tra la religione y la scienza.—Bolonia, 1909.

(1) *Religio est libertas*.

mente aplicada, que ha sido formada de naturaleza *arbitrada*, para combatir con la naturaleza hostil ó insumisa al hombre; por lo tanto, en la constitución de la Razón así comprendida no entran sólo elementos abstractos, sombras de cosas, esquemas de representaciones, sino algo como la Inteligencia y el Intelecto de la tradición clásica—el *Noos* griego que comprende el conocimiento integral en que entran, no sólo elementos racionales, «sino también, empíricos de intuición de sentimiento, de gusto». La Razón integral así comprendida, halla su traducción verbal más justa en la palabra catalana «*Seny*», análoga á la francesa «*sagesse*», que representan «una fuerza á la vez intelectual y moral, un equilibrio en la total producción del espíritu, una plenitud de conocimiento que no desconoce ni rechaza los elementos empíricos, sino que sabe ordenarlos y subordinarlos en ritmos noblemente intelectuales».

La nueva «Crítica del *Seny*», resuelve así la antinomia que Kant tanto se esforzaba por justificar, entre el intelectualismo estrecho de «La Crítica de la razón pura» y el empirismo romántico de la «Crítica de la razón práctica».

La Razón integral así comprendida, tiene un serio fundamento científico: el descubrimiento, de importancia nunca bien ponderada por mucho que lo fuera, de la *Fórmula biológica de la Lógica*, es decir, de la Lógica considerada como fenómeno vital, y, por lo tanto, ya para lo sucesivo, irremediamente sometido á los métodos de la Biología. Una larga serie de experimentos realizados por Eugenio d'Ors y que no es del caso referir aquí, le han demostrado la índole *tóxica* de las excitaciones nerviosas, sobre todo, en aquellas células cuya indeterminación funcional se traduce por fenómenos de conciencia. Estas excitaciones destruirían al individuo sino se formase en él contra ellas un sistema de defensa. Partiendo del fenómeno de la digestión,—descomposición por medio de un jugo gástrico, de una *diastasa*, de los substancias que sin esta descomposición resultarían nocivas, tóxicas—generalizando este fenómeno, ha logrado la Biología moderna dar una definición más exacta que las anteriormente emitidas del fenómeno de la vida. El cual consiste en una lucha para asimilar substancias exteriores, convirtiéndolas en substancia propia ó en ser asimilado por ellas. Pero esta asimilación no podrá efectuarse si una descomposición *parcial* de aquellas substancias constituyendo un *carácter adquirido* no pusiera al ser vivo en condiciones de resistencia para esta lucha; este carácter adquirido es la *función diastásica*. Sin estas diastasas todas las substancias que penetran en el ser vivo,

serían tóxicas y mortales para él; no de otro modo se explican hoy las enfermedades, y sobre esta base renuévase ya la medicina. Paralelamente, sin un sistema defensivo apropiado, todas las excitaciones nerviosas serían mortales para el hombre si, en tiempos remotos en que su sensibilidad era más basta, su cerebro no hubiera resistido á ciertas impresiones, no las hubiera asimilado, creándose así un órgano de resistencia contra ellas y contra las impresiones futuras, más fuertes, más peligrosas, á medida que la sensibilidad del hombre se ha ido haciendo más delicada.

Este órgano, este *carácter adquirido*, es la Razón, su función ó *diastasa* es la Lógica. «La Lógica es una inmunidad, la Razón es una diastasa» (1). No se pierda de vista que aquí se trata de una expresión *directa*, científica, de este fenómeno y en modo alguno de una comparación.

El descubrimiento del origen biológico de la Razón, demuestra como ésta, forma también parte de la naturaleza, pero ya humanizada y defendiendo al hombre contra la naturaleza *no arbitrada*; y si la imagen que nos da de la realidad, es incompleta, no es en rigor fiel, debemos considerarla como lo mejor de la realidad, lo que nos defiende contra ella, que tiende con sus ataques á destruirnos ó *deshumanizarnos*. Es pues, la razón, la parte que conviene cultivar, mejorar, enriquecer, continuar.

La actitud filosófica resultante de estos hechos, reúne, pues, los mejores resultados del Intelectualismo, sin dejar de tener en cuenta los de la filosofía romántica incluso los importantísimos de su *manifestación más aguda*, el Pragmatismo; pero la filosofía del Hombre que Trabaja y que Juega, va más adelante.

Del origen irracional de la Razón, se deduce que en la génesis de la ciencia y en su composición, no pueden excluirse los elementos irracionales. La parte irracional en el *origen* de la Ciencia, es la Curiosidad; la parte irracional en la composición de la Ciencia, es el Juego. Así nuestra Filosofía halla, en la Ciencia, dos modos de actividad, el Trabajo y el Juego. El primero, actividad con intención de fin útil, está sujeto á la ley del menor esfuerzo, de la economía, á la que intentó someter Mach todo trabajo científico; el segundo, actividad sin intención de fin útil, escapa á esta ley, representa no una economía, sino un gasto de fuerzas sobrantes; es un elemento de belleza; el descubrimiento de este elemento en la constitución de la Ciencia, se debe á Eugenio d'Ors y representa una corrección de importan-

(1) E. D'ORS.—*La fórmula biológica de la lógica*.—París, 1910.

cia capital, indispensable ya para completar la teoría de Mach.

El Trabajo investiga causas, y para la Epistemología, la noción de causa pertenece al mundo de la realidad; el Juego ordena, sistematiza estas causas, formula leyes; la noción de ley pertenece al mundo de la razón.

El Juego deberá sujetar siempre al Trabajo para ordenarlo; la Libertad, una vez más, deberá arbitrar la naturaleza, pero necesitará de la naturaleza, le vendrá que ésta exista para ejercer su poder de espiritualización. De aquí puede nacer una «Filosofía según la Armonía» que substituya con infinita ventaja á la «Filosofía según la Identidad» que, desde Descartes y Spinoza, viene presidiendo á la Ciencia. La segunda, se esfuerza por reducir las calidades á diferencias de cantidad; utilísimos resultados se han originado de esta actitud; pero toda la crítica de la ciencia, de algunos años acá, ha demostrado que ni las calidades pueden reducirse á diferencias de cantidad, ni todas las leyes pueden reducirse á una sola; la substancia no es una, sino múltiple. Han podido ser útiles, prácticos, cómodos para la ciencia estos intentos de reducción á la unidad, á *la identificación de los contrarios*, pero el conflicto entre la Vida y la Ciencia constituida así, presentábase más grave cada día. Así le Dantec ha llegado á preguntarse: «¿La ciencia, creada por el hombre, puede estudiar al hombre?»

¿Por qué esa unidad á que la Ciencia intenta reducir sus adquisiciones, para comodidad propia, ha de significar identidad y no ARMONIA? «Yo quiero trabajar, exclama Eugenio d'Ors, no ya en la substantivación, sino en la personalización de los contrarios!» ¿Pluralismo, pues? Sí; pero pluralismo «jerárquico»: Causas concretas y múltiples, puesto que, junto á las leyes, es menester reconocer las causas, es decir, hay que confesar que las cosas no tienen un origen abstracto, sino concreto. ¡UNA NUEVA MITOLOGÍA, pues, para nombrar las causas concretas, puesto que en el fondo, cuanto puede saberse de la esencia íntima de la Electricidad, como de la existencia de Neptuno, es que *hacen*, como *hace* el hombre!... Entre estas causas concretas, lejos de existir una pluralidad, se *establecerá* una armoniosa jerarquía, de Potencias y Resistencias, de Dominios y de Sumisiones.

Y aquí puede cerrarse ya el círculo que debe representar todo sistema de Filosofía completo y armoniosamente construido; el Hombre que Trabaja y que Juega, podrá considerar á los demás hombres como mundo exterior á él, que resiste á su Libertad; pero, al mismo tiempo, tendrá conciencia de que donde él se ha considerado distinto de todo

cuanto no es su yo, también se han considerado tales todos los demás hombres. Y también ellos, en tal caso, *deberán* para él representar un conjunto armonioso y jerárquico de Potencias y Resistencias, de Dominios y Obediencias, del cual entrará á formar parte.

Es hora ya de terminar este artículo. Más que todo resumen que aquí pudiéramos dar, proporcionará una idea de la importancia, de la ambición de esta nueva filosofía, la glosa que termina la serie. Al nuevo Método, se deben ya resultados tan definitivos como el descubrimiento de la fórmula biológica de la lógica, la resolución de la antinomia que existía entre la «Crítica de la Razón pura» y la «Crítica de la Razón práctica», y, por lo tanto, entre el Intelectualismo y el Romanticismo, éste en sus manifestaciones más recientes, como la Filosofía de la Intuición de Bergson y el Pragmatismo. La Filosofía del Hombre que Trabaja y que Juega, por lo tanto, aprovecha los resultados de estas orientaciones filosóficas y los supera.

Este nuevo método, aplicado al fenómeno religioso, ha podido mostrar con evidencia, como la psicología moderna se equivocaba al considerar las Iglesias, los dogmas, las ideas religiosas, como manifestaciones de fenómenos de sentimiento; Eugenio d'Ors ha demostrado como también estos fenómenos de sentimiento son simbólicos, y, el hecho mismo de la Religión, escapa á todo método científico, esto es, á toda fatalidad, porque reside en la interior Libertad, y las relaciones de ésta consigo misma no pueden ser de conocimiento, sino de Religión, es decir, DE FE.

No insistiremos ya por hoy en las aplicaciones de este Método, á la Estética, á la Sociología, á la Ética, etc., etc.

Señalemos, sí, como otra de las adquisiciones fundamentales más ricas en resultados futuros, que se le deben, la posición de superior ironía que deberá guardar el hombre ante sus productos científicos al considerarlos como resultado de una actividad propia que asegura la conservación de su vida. Todo conflicto desaparecerá entre la vida y la Ciencia, y ésta no podrá constituirse jamás en poderoso fantasma enemigo del hombre, puesto que ha sido creado por el hombre y puede ser modificado por él para utilidad de su Vida, de su Juego y de su Trabajo...

Esta ironía será el acento del NOVISIMUM ORGANUM, EL TERCERO DE LA HUMANIDAD, en cuya elaboración tendrá parte fundamental la filosofía del Hombre que Trabaja y que Juega. ¿Puede añadirse algo más para dar idea de la

grandeza, de la importancia, de la fecundidad de esta filosofía?

Al llegar aquí, una página de Eugenio d'Ors, bellísima, con insistencia se ofrece á nuestro recuerdo como expresión del espíritu que anima la obra, la vida, la raza, de este filósofo. Son unas palabras claras, sencillas, armoniosas que refrescarán, reproducidas aquí, la aridez de nuestra prosa. Están entresacadas de un prólogo al libro de un poeta—de un poeta *novecentista*.

«La Física representa el Oriente; el Algebra el Norte; nosotros, griegos y herederos de griegos, somos y seremos perdurablemente geómetras. Esclavos permanecemos de lo sensual los unos, á menos que se refugien cobarde y místicamente en la anulación de la persona; condenados, los otros, á lo abstracto, de donde la vida desaparece; sólo nosotros podemos sentir plenamente el Ritmo, que es lo abstracto obrando sobre lo vital, que es la ley regulando la fuerza. Vivimos de ritmos; en ellos nos movemos

y somos. Nuestra Raza nació un día, cuando, bajo el aire azul de la Magna Grecia, Pitágoras, que había aprendido la ciencia de los orientales, y la que ellos nombraron geometría, en la que las medidas eran halladas por la aplicación material de uno sobre los demás cuerpos, dió un paso de originalidad propia y llegó á inventar un teorema negativo que se demostraba por el absurdo...

El día en que este acontecimiento se cumplió, una era nueva comenzaba para la humanidad. Desde aquel día, la Cultura Helénica fué. Pitágoras debió sentir toda la solemnidad de aquéllo, sin duda, y yo pienso que es este teorema, aquel de quien cuenta Proclo que el sabio, al hallarlo, y en su honor, sacrificó un buey á los dioses. El gusto de la sangre del buey sacrificado por Pitágoras, todavía nos lo sentimos en la boca. Convertida en vino, esta sangre nos restaura, á cada fiesta...

Y desde que el Glosador levantó su voz entre nosotros, las fiestas abundan.

J. FARRAN Y MAYORAL

## Doce Glosas de Filosofía

por XENIUS

### I

#### (Primer Viernes de Cuaresma)

El lector frívolo sabrá perdonarme que le haga comer de vigilia una vez por semana, durante las de cuaresma.

Veamos: imaginemos un filósofo.

¿Un hombre sentado en una silla ó — es lo mismo—en una roca? ¿Un hombre con los ojos cerrados, la vasta frente apoyada la palma?—¿«Le penseur» de Rodin, con la barba en el puño y los músculos en tensión?... Sí; pero, ¿de dónde le vendrían á «Le penseur» esos músculos, si hubiera permanecido sentado siempre? ¿No sería más á propósito un Budha, con siete pliegues en la papada y siete en el vientre?

Otra imagen: Ese faquir en meditación. Dos meses ha, que permanece inmóvil. Tiene vueltas hacia el Oriente las palmas de las manos. Podéis pincharle brazos y piernas: permanecerá insensible. Las gentes que pasan á su lado dicen que es un santo; los discretos afirman que, por la filosofía, se ha sumergido en el seno del Gran Todo.

Mas llevo yo y clamo, con toda la voz envuelta en risa: «¡Arriba, farsantes, hipócritas!... ¿Tú crees pensar «Penseur»? ¿Tú dejas decir que meditas, faquir? ¡Mentira, mentira! os grito yo Al sentarte, «Penseur», si que comenzaste á pensar. Al arrodillarte, faquir, si que comenzaste á meditar. ¡Pero, ahora, al cabo de dos horas, al cabo de dos meses!

¡Ya sabemos un poco de psicología, compañeros! Sabemos que tu mente se ha de hallar por fuerza huera, á las dos horas de quietud, hombre sentado. Sabemos que tu reposo no es sino una variedad del dormir, hombre arrodillado. ¿Y dejaremos que, para justificar vuestra recaída en la animalidad, usurpéis el divino nombre de la Filosofía?... ¡Acabe la mentira! ¡Cese la farsa! Filosofía significa pensamiento. Pensamiento quiere decir movimiento. Luego, Filosofía es movimiento...» ¡Arriba! ¡Arriba!

«Yo vengo á deciros la filosofía del hombre en actividad; del hombre que trabaja y que juega.»

Ahora pasa por nuestra vera un labriego tras su arado, absorto en el trabajo y en cálculo de la ganancia, y un bailarín ébrio de los revuelos de la danza.

«Labriego, tú vives al día y piensas en el año y en las estaciones; ó bien—¡viene á ser lo mismo!—en tu corta vida y en lo que dejarás á tus hijos, tras esa corta vida tuya.—Bailarín, tú has perdido de vista el mundo, y ya no vives más que en el momento.»

«...Pero, ¿he dicho verdad? ¿Os calumnio acaso?»

«¿Podrías tú, trabajar, labriego, si cada mañana, al despertar de la torpeza del sueño, no te armases instintivamente de algunas imágenes, aunque confusas, de cosas eternas? ¿Qué quiere decir trabajo? ¿No significa una potencia que vence una resistencia? La potencia, ¿no

la sientes en tí; no eres tú? La resistencia, ¿no la siente en el mundo; no es el mundo? ¿No es cierto que una vaga noción en tu espíritu te representa esta batalla como eterna? ¿No es verdad que, en el fondo del fondo, reduces á eso las nociones del Bien y del Mal? ¡Pero eso es toda una Metafísica! Una Metafísica que te arma el brazo y no te lo deja rendir. «Y si la agricultura—decía Nuestro Maestro Bernard Palissy—es guiada sin filosofía, es lo mismo que violar diariamente la tierra y las cosas que produce, y maravilla fuera que no clamasen venganza la tierra y las naturalezas producidas...» (*Recepte veritable*).

«Ahora, ven aquí tú, el del molinete. Al ver que jugabas, he dicho que vivías en el momento. También me engañaba. Tu juego es un baile. Todo juego verdadero tiene algo de baile. Quiero decir—ya que baile es ritmo—que todo verdadero juego tiene algo de ritmo. Y ritmo significa: «que un momento pasado impone obediencia al momento presente y á todos momentos por venir». Ritmo, es traducción de ley. Es decir, de cosa eterna... ¡Baila, bailarín, baila! Tus giros se inscriben en la eternidad; en la eternidad es donde bailas, bailarín. Y á no ser por una noción oscura de eternidad, no bailarías.

En todo trabajo y en todo juego se esconde una semilla de eternidad. Filosofar es hacer germinar y florecer una semilla de eternidad que los juegos y trabajos encierran. Y esto sin que se deje de trabajar ni de jugar. Pero suspendiendo á cada instante el trabajo y el juego.

Una comparación vulgar y llana: la filosofía es á la vida lo que la cinta cinematográfica es al movimiento que de ella sale proyectado.

¡Qué clara debe ser, según eso, la definición que, un año ha, daba Xenius en el «*Almanacco del Cœnobium*» (Lugano, 1910).

En ella protestaba del usual aforismo: «Primero vivir, después filosofar».

Y decía:

«*Primum vivere, deinde philosophari*»...

*Nunc. In hoc nescio primum, nescio deinde.*

*Philosophari enim vivere est.*

*Philosophus Publius vocetur quia in conscientia vivit æternitatis momenti,* etcétera.

Que, declarado en vulgar romance, dice:

«¿Primero vivir, después filosofar?»

Lo niego. En esto no conozco primero ni después.

También filosofar es vivir.

Publio se llama filósofo, porque vive en conciencia de la eternidad del momento».

He aquí, burla burlando una definición de la Filosofía: Filosofía es una serie de reposos que cortan un movimiento. Pero no reposo sin movimiento ni movimiento sin reposo.

Filosofía es la inscripción de la eternidad en la vida.

Todo esto resulta muy poco técnico. En este lugar no se puede escribir en lenguaje técnico.—He pedido permiso al lector para servirle de vigilia; pero no para hacerle ayunar.

Mas espero que en todo esto habrá un poco de luz. Y espero que el viernes próximo encontraremos un poco más.

## II

### (Segundo Viernes de Cuaresma)

Ved aquí un leñador que golpea el árbol con el hacha. Nos hallamos en presencia de un hecho de trabajo simple, pintoresco, plástico. El hombre quiere derrumbar el árbol; el árbol opone resistencia á ser abatido. La experiencia del leñador es en tal momento, clara, definitiva, esta: Estamos en una batalla; somos como dos ejércitos. Por un parte, yo, mi deseo, mi vigor, mi brazo, mi mano, mi hacha. Por otra, el árbol, su dureza, sus raíces y la tierra que las refuerza.—Cualquier filosofía monista naufraga ante esa dualidad experimental.

¿Habrá que insistir en que todo hecho humano de «Trabajo» ó de «Juego» puede reducirse, en sus elementos esenciales, á este caso típico? Poco importa de que se trate de abatir un árbol, de trabajar el hierro, de edificar una casa, de modelar una estatua, de escribir una página, de efectuar una investigación científica, de educar un niño. Los hechos más espirituales, más íntimos, presentan, en tanto sean logrados con esfuerzo, idénticos caracteres esenciales. El mismo hecho de la vida no se realiza sin una guerra constante contra la acción destructura del ambiente. Respirar, es ganar una batalla.

Nuestra ciencia nos permite colocar en un mismo plano todo este panorama de Potencias y Resistencias, mientras no se trate de lo nuestro, de lo mío. del hecho que es para mí el más íntimo, que es primario é irreductible en mí. Yo puedo considerar todas las plantas, todos los animales, y también, «provisionalmente», á todos los hombres, EXCEPTO YO MISMO, como simples puntos, ó como corrientes impersonales de energía que se personalizan. Mas, en cuanto se refiere á MÍ MISMO, al hecho de mi esfuerzo, al hecho de mi potencia, no puedo prescindir de creer que soy opuesto esencialmente al mundo exterior, porque esta oposición es, en mi conciencia, un hecho personal irreductible, contra el cual no pueden prevalecer consideraciones derivadas de otros experimentos exteriores, por científicamente organizados que los supongamos. Si aquí interviene la reflexión, lo hace más tarde, para decirme que mi hecho de conciencia es también el hecho de conciencia de todos los hombres, y que, por consiguiente, la dualidad que acepto en mí, la he de aceptar en el hecho humano esencial, y, por lo tanto, en la filosofía.

Así la filosofía del Hombre que Trabaja y que Juega no puede ser monista: ha de ser, *por lo menos*, dualista y formar una imagen del mundo en que aparezcan luchando la Potencia y la Resistencia—ó, en otros términos, el Bien y el Mal—ó, en otros términos, el Espíritu y la Materia—ó, en otros términos, el Albedrío y la Realidad.

## III

### (Tercer Viernes de Cuaresma)

Dijimos que en esta serie de glosas el glosador se permitiría hacer comer de vigilia al lector frívolo; pero no hacerlo ayunar; es decir que, aunque la materia continúe siendo filosófica, se tratará, en cambio, de evitar un tecnicismo impropio del lugar... No obstante, hoy se me ocurre que la manera más rápida de recordar el camino recorrido en las dos glosas anteriores—cosa no inútil, cuando han mediado unas elecciones entre la última y ésta—es resumir lo disetado, en dos formas de raciocinio concretas, precisas, matemáticas, que permitan—por un momento—la demostración de una metafísica, «*more geométrico*» como Spinoza demostraba su Ética.

Tal vez recuerden los atentos que, en la primera glosa, establecimos una idea de la filosofía como vida, como actividad. Partíamos, pues, del siguiente:

PRIMER POSTULADO.—*Filosofía no es contemplación pura, sino contemplación inscrita en acción.*

Por eso llamábamos á nuestra Filosofía: «Filosofía del Hombre que Trabaja y que Juega» Porque Trabajo (acción con previsión de resultado) y Juego (acción sin previsión de resultado) son las dos categorías posibles de la actividad humana.

Llamémos á este principio un postulado, porque, constituyendo una primera definición en Filosofía, es en Filosofía indemostrable (aunque sea demostrable en Ciencia, por el hecho de que la contemplación pura es psicológicamente imposible en el hombre; porque en cuanto se extingue la resonancia mental de la acción anterior, la contemplación desciende hasta el sueño ó la inconsciencia. Tenemos, pues, una demostración experimental de lo que, especulativamente, es indemostrable).

De la segunda glosa, podemos deducir otro principio, que filosóficamente, debemos llamar también postulado, porque carece de demostración filosófica.

SEGUNDO POSTULADO.—*Una contemplación que no sea infiel á la acción, no puede formar de la realidad una imagen monista, sino dualista. La Filosofía del Hombre que Trabaja y que Juega, es, pues, dualista por definición.*

También este postulado de la Filosofía, tiene la demostración psicológica que dábamos, derivada de la experiencia íntima del hombre en actividad, que necesita, indispensablemente, una noción,

aunque sea obscura, de especial oposición entre su albedrío y el universo.

Dejando ya el modo geométrico y volviendo á la vida, procuremos ahora inquirir ligeramente los límites de ambas entidades.

Empecemos observando que la distinción entre la Potencia y la Resistencia, tal como al principio se presenta al Hombre que Trabaja y que Juega—al leñador que nuestra glosa anterior, por ejemplo,—es burda y, aunque profundamente verdadera, poco exacta en sus límites.—El leñador ha dicho: Por una parte, yo, mis deseos, mi habilidad, mi vigor, mi mano, mi hacha... Y ya al decir esto, su mismo lenguaje le obliga á una distinción entre el primer término y los que le siguen. Pronto puede notarse una diferencia entre el primer término «yo» sin adjetivo, y los otros, distinguidos con el adjetivo de propiedad, que les coloca en relación con el término absoluto primitivo.—MIS deseos... MI brazo. He aquí unos adjetivos paradójicos. El sólo hecho de agregarse al nombre de la cosa, indica ya, en comparación con el «yo», que esta cosa no me pertenece completamente.

En realidad, respecto del leñador, su hacha, su mano, su brazo, su vigor, su habilidad, sus deseos, pertenecen á la misma familia hostil que el árbol. ESTAS COSAS SON TAMBIÉN FATALIDAD.—La hacha que en aquel momento sirve al leñador, le es tan extraña, que mañana podrá herirle. Los brazos, las manos, que sacuden el árbol, están, por el momento, al servicio del albedrío pero forman parte de un organismo, de un cuerpo, QUE NO ES ÉL MISMO.—El concepto del cuerpo como perteneciente al *no-yo* es un hecho de conciencia que se adquiere en un grado determinado de desarrollo mental (y que precisamente constituye el fundamento de la psicología usual). Nuestro cuerpo cae bajo la esfera de nuestros sentidos, como el resto del mundo exterior, y, como éste, ofrece una resistencia á nuestro albedrío.

Por motivos análogos, debemos eliminar de la esfera de la Potencia, es decir, del Puro albedrío, ciertas condiciones que dependen íntimamente del organismo, (tendencias, temperamentos, pasiones, etc.)—Y también sus fuerzas intelectuales, su memoria, su imagiuación, su poder de asociación, su poder de análisis, su poder de síntesis. Todo esto son ya, para los sugetos, realidades «dadas» que no satisfacen su deseo, que resultan, á lo menos por limitación, hostiles á su albedrío. El deseo personal no sabría darse por satisfecho con poseer menos que la inteligencia infinita. No se resignaría á carecer de ninguna variedad de la mentalidad, ni aun de las contradictorias. Supongamos que mi leñador tiene una memoria predominantemente óptica: quisiera tenerla también acústica. SUS FUERZAS INTELECTUALES NO SON TAMPOCO ÉL MISMO.—Cosá igual puede decirse de sus fuerzas

volitivas. ¿Quién no querría ser hombre enérgico? «Yo quiero querer»—dice el débil;—«pero, ¿cómo querer?»—Ni tampoco SON EL los sentimientos; no son estos tampoco el sugeto del esfuerzo. También los mismos sentimientos personales pueden oponer resistencia al Árbitro. También aquí, al decir «mis sentimientos», nos valemos de un adjetivo paradójico. Mis mismos sentimientos son igualmente «mundo exterior».

Pero, ahondando así, se llega á un punto, ante el cual hay que detenerse. El sutil análisis ha dado todo lo mío al mundo exterior... Pero todavía queda una realidad que no se me puede arrebatar. QUEDO YO. Hay un residuo—al cual no llegan la psicología ni la lógica—que, por consiguiente, no tiene definición, á no ser una definición negativa. A esta realidad irreductible se denomina LIBERTAD.

#### IV

##### (Cuarto Viernes de Cuaresma)

En la vieja y purísima Persia, fué familiar esta concepción: el universo (natural y sobrenatural) partido en dos ejércitos. Primero, el Espíritu del Bien y el Espíritu del Mal, Ormuzd y Ahrimán. Luego, el ejército de Armuzd, los siete Genios de la Vida, los siete brillantes Amschapands, cuyos nombres son los de las siete virtudes. Después, los Icedos, genios inferiores y benévolos. Luego, las almas de los Hombres Buenos que murieron. Después, los Hombres Buenos que tienen vida corporal. Luego también, los Animales Puros adictos al Hombre. Y las Plantas Puras, fruto del cultivo humano. Y también el Fuego (no el fuego enemigo, el de la tempestad relampagueante, sino el buen Fuego del Hogar, el Fuego-Palabra, «Homá»); y el Agua, la buena agüita regadora, que se ha dejado canalizar y sirve para el trabajo...—Frente á tan magnífica hueste, la hueste adversa, la del Mal: Ahrimán delante, y, á su alrededor, los genios malditos y toda la naturaleza maldita: el mundo de los lobos, de las serpientes, de los chacales, de los escorpiones.

La Filosofía del Hombre que trabaja y que Juega, acepta—debe aceptar, en sus líneas generales y despojada de su aparato figurativo, esta concepción...—En nuestra anterior glosa de filosofía, un análisis sutil nos condujo á separar las esferas del Albedrío y de la Fatalidad, dando únicamente á la primera el propio «yo» irreducible, la íntima Libertad que está en mí; al tiempo que concedíamos á la segunda, no sólo el mundo exterior, sino también mi propio cuerpo y además mis propias fuerzas anímicas, en cuanto ya están «dadas»...—Debemos notar hoy que el resultado de este análisis nos es necesario; pero no puede ser definitivo. Si nos atuviéramos á él, incurriríamos en el absurdo, que desde el principio hemos condenado, de hacer filosofía con la contemplación pura; porque es evidente que una concepción co-

mo la que obteníamos, es puramente intelectualista y se ha vuelto infiel á la Acción. Para permanecer fieles á la actividad del Hombre que Trabaja y que Juega, debemos recomponer ahora, por síntesis, la realidad del Trabajo y del Juego. Bueno ha sido distinguir los campos en un momento de quietud, para saber de dónde viene el esfuerzo; pero también nos convendrá reconstruir el esquema del movimiento, para saber cómo funciona el esfuerzo.

Observemos que en los momentos de actividad, en la plenitud del Trabajo y del Juego, las facultades mentales, el cuerpo, los órganos del cuerpo, que en la glosa anterior separábamos intelectualmente de la Potencia, se ponen á su servicio, más aun, se funden, se identifican prácticamente con ella, hasta el punto de que podemos decir, sin metáfora, que «la mano HACE», que «la corriente nerviosa HACE», que «la voluntad HACE». Luego, en esos momentos, hay una UNIDAD entre el Árbitro y sus instrumentos psíquicos y orgánicos. Pero, además, tenemos que recordar que los instrumentos que la mano del Hombre que Trabaja y Juega, maneja (por ejemplo, el hacha del leñador) se hallan en el mismo caso. También puede decirse que «el instrumento HACE», que «el hacha CORTA». Y asimismo se hallan en igual caso los esfuerzos ya efectuados por el hombre, que le ayudan á realizar el nuevo esfuerzo, colaborando en él. Y no solamente los esfuerzos cumplidos por el mismo hombre que sorprenden en pleno trabajo ó juego, sino LOS ESFUERZOS DE TODOS LOS HOMBRES, de los vivos y de los muertos, y también de los que han de venir y empiecen la vida, la colaboración de la Humanidad; en suma, que se unen en cada punto de tal manera con el esfuerzo personal, que no hay medio de decir, en ningún acto de hombre, qué parte corresponde al individuo y cuál á sus hermanos en humanidad... ¿Habéis calculado alguna vez lo que entra de colectivo, de social, (empezando por el lenguaje) en la más lírica poesía, y aun, en una interjección monosilábica? Sólo os diré que, según han demostrado los biólogos, si los perros ladran, lo hacen ya por un adimiento de colaboración social. De no ser por este principio de humanización, *au-larian*.

De todo lo dicho, dedúcese la necesidad de considerar, en el conjunto de cosas que hasta ahora hemos considerado interinamente como hostiles al Albedrío, una parte que, al contrario, le sirve y que se identifica con él en los momentos de plenitud de acción. Esta parte es indudablemente Natura; pero «Natura arbitrada», ó, mejor dicho, «Arbitrio naturado», «Naturar el Arbitrio», es lo que en lenguaje vulgar se llama «Realización» (1). Llamemos, pues, «Albedrío

(1) Ya vé, pues, el señor Vidal y Tarragó, que el elemento ordenador que incluimos en la idea de «Realización», es el Albedrío,—como es natural en una Filosofía que se denomina «arbitraria».—En mi opinión, la objeción del señor Vi-